

ENTREVISTA A MARÍA PÍA LÓPEZ

Ensayista, docente y ex Directora del Museo del Libro y la Lengua

"ESTA SITUACIÓN EXCEPCIONAL PODRÍA SER UN MOMENTO INTERESANTE PARA IMAGINAR OTROS MODOS DE VIDA"

Mauro Libertella

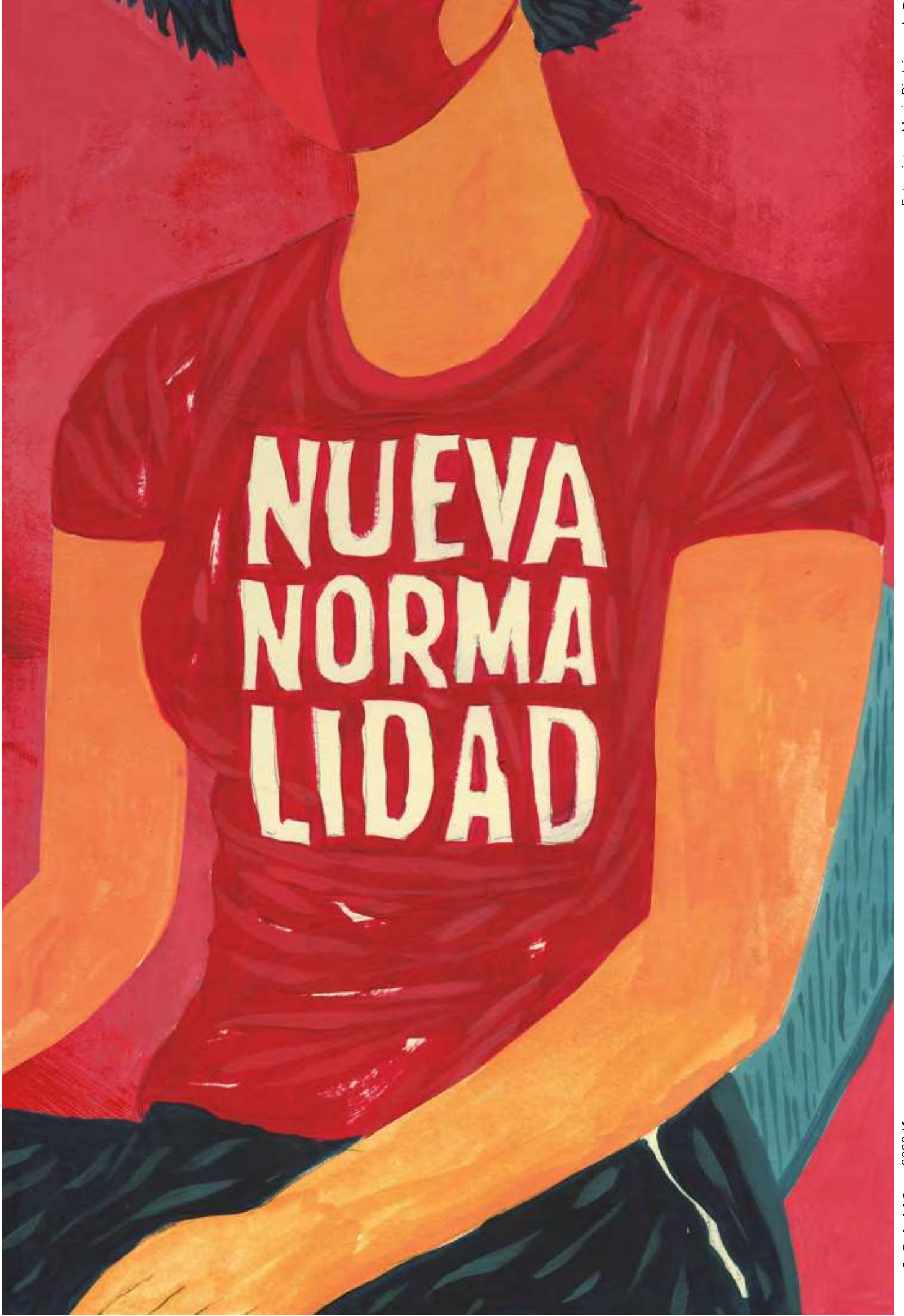
Escritor y periodista. Publicó las novelas *Mi libro enterrado*, *El invierno con mi generación* y *Un reino demasiado breve*, además del ensayo *Un hombre entre paréntesis. Retrato de Mario Levrero*. Colabora con diversos medios gráficos y digitales.

Es muy difícil pensar la pandemia. Y es difícil por muchos motivos: acostumbrados durante décadas a una forma de vida, un virus modificó todos los planos de nuestra cotidianeidad y no nos dio tiempo para procesarlo. A pesar de que ya pasó un año, todavía no nos habituamos a los barbijos –no verle la cara a la gente–, las ausencias, la incertidumbre, el miedo, la perplejidad. Tal vez un cimbronazo tan brusco se pueda digerir recién a lo largo de muchos años, y es posible incluso que la experiencia que todos estamos viviendo como humanidad deje nuevos problemas conceptuales que nuestra generación no llegue a resolver.

Para empezar a desandar ese larguísimo camino de entender el nuevo mundo, hablamos con María Pía López. Señas particulares: ensayista fina y perceptiva, ex directora del Museo del Libro y de la Lengua, intelectual de espectro amplio y gran interés político, nació en Trenque Lauquen en 1969 y llegó a Buenos Aires para estudiar Sociología. Ahí conoció al grupo de compinches con el que luego armarían la revista *El ojo mocho*, emblema de las revistas progresistas de los años 90. Luego llegarían los libros de crítica y ensayo y en los últimos años incurriría, incluso, en la ficción. Desde su encierro, piensa y contesta sobre estos temas todavía abiertos.

▪ **Empecemos por un plano subjetivo. ¿Cómo estuviste viviendo la experiencia de estos meses de pandemia y cuarentena? ¿Por qué etapas pasaste?**

La primera etapa fue de cierto optimismo negador: pensé que en un mes terminaba todo. Di vueltas para virtualizar las clases y para organizar el trabajo a distancia porque pensaba que se trataba más bien de resolver lo inmediato hasta que llegara la presencialidad.



También era optimista respecto de las discusiones que podía abrir esta situación crítica respecto de las lógicas de acumulación de capital, las industrias alimentarias, la desigualdad social. Te diría que pasados estos meses, no queda nada de ambos optimismos. Primero, porque la secuencia parece más compleja y extensa, con avances y retrocesos en cada lugar, y segundo porque se puede abrir esa discusión sobre la pospandemia si hay fuerzas sociales que encarnen ciertos antagonismos. Por ahora, creo que los sectores dominantes están bastante más a la ofensiva, mientras las organizaciones populares y los cuadros estatales están dedicados a lo urgente y necesario, que es garantizar las condiciones para la preservación de la vida.

▪ **Una de las palabras que entraron en debate en estos meses es la palabra "libertad". Se dijo que la experiencia china, que al parecer controló el virus con gran eficacia y velocidad, iba a marcar un poco el pulso del futuro: dado que lo hicieron con un sistema de fuerte control social, apoyado mucho en la tecnología, esa experiencia "exitosa" modificaría los modos de vida de los países occidentales, que en muchos casos fracasaron en sus métodos para parar el contagio. Luego la palabra libertad llegó a nuestro debate nacional de modo un poco menos sofisticado, con la idea de que el gobierno nos quiere ahogar la libertad, etc. ¿Cómo ves ese debate en torno a las disputas por la palabra libertad?**

Libertad es una palabra siempre multívoca. Cuando se la reinterpreta en clave del individualismo liberal, es libertad de hacer lo que quiero, desde un yo autocentrado e intencional. Pero sabemos que es mucho más compleja, que la libertad de cada quien se entrama con las ajenas, como nuestra vida se entremezcla con las de otros. En una situación de pandemia, ¿sería libre de contagiarse a otros quien no se aísla estando contagiado? Siempre hay colisión de libertades, pero si pensamos desde la vulnerabilidad y la condición social de nuestras existencias, entonces, priorizar. Pero me quiero detener en el principio de la pregunta, en el problema del control: porque efectivamente una situación de peste implica estrategias públicas de control, de seguimiento, de evaluación. Implica, también, una intervención mayor de las fuerzas de seguridad. Asistimos a situaciones de violencia institucional porque esas fuerzas de seguridad tienen rutinas en muchos casos poco democráticas.

Todo eso tiene que poder revisarse ahora y en la pospandemia. Pero también otro tipo de control, que no aparece como tal, que es el que resulta de la virtualización de nuestras vidas y del aumento exponencial de los datos que entregamos a las grandes empresas informáticas. Le temo más a los dueños de Google y Facebook que a los agentes de un Estado que está más bien abocado a pensar el cuidado.

▪ **Otro asunto que puso en conflicto la pandemia es la vida en las ciudades. El hecho de que las ciudades, por demografía densa, hayan sido las más golpeadas por el virus, permite repensar varias cosas, desde el drama de las villas o barrios de emergencia hasta la intención de muchos de ir pensando en dejar la ciudad y vivir en condiciones más naturales o abiertas. Vos sos oriunda de una ciudad chica y luego te mudaste a Buenos Aires. ¿Cómo pensás todo este tema?**

Como provinciana conversa al amor de la ciudad, mis entusiasmos son todos para la vida pública de la ciudad, su agitación cultural, el roce callejero, la multitud política. Con todo eso suprimido, queda el esqueleto utilitario de la ciudad y eso no configura una vida interesante. Entonces, no dejo de fantasear con vivir en otro lugar, cerca del mar. Un deseo que siempre aparece cuando estoy en otro lado, pero que ahora emerge cuando la vida en Buenos Aires carece del plus urbano y trabajamos desde casa, cocinamos en lugar de salir a comer afuera, leemos en lugar de ir al teatro. Pero quizás de fondo haya otro motivo y es el temor apocalíptico: la sensación de que solo podemos pensar esta pandemia como parte de una secuencia de hechos de destrucción -los incendios del Amazonas o de Australia, el cambio climático en general- que no terminan acá. Por lo tanto que es improbable que haya lugares a salvo, más allá de la fantasía que embarga a muchas de las personas que imaginamos esa vuelta a la naturaleza. ¿A dónde sería? ¿A pueblos fumigados con glifosato?

▪ **La multitud y el roce al que aludís me hace pensar en lo difícil que es para todos nosotros esta especie de ausencia de la corporalidad a la que la pandemia nos está sometiendo. Siempre se dice eso de que los argentinos somos "toquetones", y entonces esta distancia social sería un doble renunciamiento.**

El cuerpo, como decía Merleau Ponty, siempre es cuerpo entre otros cuerpos, cuerpo en el mundo, y su riqueza, si podemos decirle así, es su capacidad de ser afectado. La pérdida del roce, del entre-nos, de la conversación presencial que incluye todos esos abrazos, toques, limita o transforma nuestra propia percepción corporal. Pongo un ejemplo, ves a la gente y discutís política por zoom o das clase por jitsi: te perdés una cantidad de dimensiones que hacen al saber corporal, al modo en que el cuerpo piensa y le pone tonalidad a lo que decís, genera afectividad.

En mi caso, siento todo eso como privación, como reducción de las potencialidades de mi quehacer y de mi imaginación. Sólo pude responder a algo que siento críticamente, con una lógica más introspectiva, vuelta hacia la interioridad: las prácticas de yoga se volvieron centrales pero a la vez mi cuerpo pensado en su pliegue interior se volvió más

capaz de hacer. Supongo que por eso, para esas prácticas sus enfáticos cultorxs se retiraban del mundo. Así como hay compost para producir tierra fértil, y eso se hace con la multiplicación y mezcla de restos de lo viviente, hay que pensar lo social como compost: más múltiple, más heterogéneo es, más rico para que nuestras vidas desplieguen su potencia.

▪ **Hablamos de libertad, hablamos de cuerpo...otra palabra-nudo de esta época parece ser "normalidad". Cuando la pandemia arrancó, pudimos leer algunos textos que buscaban oponerse a una frase, que entonces se escuchaba mucho: "qué ganas de que ya vuelva la normalidad". Esos textos a los que aludo denunciaban que la normalidad no era algo demasiado agradable para muchísima gente. Y luego apareció el concepto de nueva normalidad, tan extraño, medio distópico. ¿Qué pliegues le encontrás a esa palabra?**

Normalidad es una palabra que da escozor, porque suena un poco falsa, un tanto mentirosa, al desplazar como anormal o extraordinario muchas cosas, situaciones, corporalidades. Pero si le llamamos normalidad a lo mayoritario y a lo rutinario, efectivamente el modo anterior a la pandemia/aislamiento para muchas personas, entre las que me cuento, significaba una suerte de carrera un poco alocada entre trabajos, reuniones, vida social, agenda cultural. Una normalidad hecha de viajes en transporte público repleto y de lenguas afuera para cumplir con lo pactado. Y más grave aún, esa llamada normalidad es la de la explotación sin fondo de la naturaleza y la desposesión permanente de las personas, es la de la desigualdad social y la de producción sistemática de vidas desechables. El problema es que esto sigue transcurriendo aunque la pandemia, en Argentina, haya sido encarada con especial cuidado de evitar esas políticas de muerte. No hay en el pasado, desde mi perspectiva, una normalidad deseable, hay un modo de vivir un poco atolondrado, difícil, hecho de esfuerzos militantes y también de correr la mirada frente a lo que ocurre porque es doloroso; y esta situación excepcional podría ser un momento interesante para imaginar otros modos de vida. Si no lo hacemos, la nueva normalidad es pura distopía: distanciamiento social, teletrabajo, aulas vacías, la vida cultural convertida en *streaming* y la política en charlas de zoom, o sea las cosas reducidas a su dimensión útil y productiva y carentes de la grasa, del dispendio, del derroche, de todo lo que hace a la vida interesante. En la rebelión chilena había un cartel fundamental: **hasta que la vida valga la pena**. La pandemia nos reduce a pensar el contagio, la salud y la supervivencia. Si no logramos reabrir esa otra dimensión -¿qué es una vida que valga la pena?- estamos fritxs.

Hay corrientes, memorias populares, saberes militantes, que generan barreras para la expansión del "bolsonarismo".

▪ **Uno de los riesgos siempre latentes en el continente es que la crisis económica y social se profundice a niveles dramáticos y la salida del caos sea de extrema derecha (caso Bolsonaro). ¿Cómo intuís la vida política argentina de los años que se vienen? ¿Le tenés miedo también a ese riesgo y, en todo caso, qué anticuerpos podemos activar contra eso, para usar una vez más una metáfora clínica?**

La ofensiva de la reacción conservadora es muy potente y hace estragos: en Brasil es punta de lanza con la articulación de una alianza militar, eclesial y empresarial que viene por la reposición de todas las jerarquías -de género, raza, clase-. ¿Puede existir algo así en Argentina? Hoy podría representar a un treinta por ciento o menos de la población. Porque hay factores que se le contraponen, no está bien decir factores: hay corrientes, memorias populares, saberes militantes, que generan barreras para la expansión del "bolsonarismo". Memorias e insistencias como las de las luchas por los derechos humanos (que mostraron su intensidad ante el proyecto del 2x1, pero también que generan sensibilidad frente a la violencia institucional); experiencias y desobediencias como las que ponen en juego los feminismos y la capacidad que han demostrado de saltar el cerco de las convencidas para intervenir en el lenguaje común y afectar la sensibilidad general; el saber hacer de las organizaciones populares que toman a cargo lo comunitario con todas las complejidades y dificultades; y, no por último menos importante, la capacidad política de un partido popular como el peronismo, que tiene en su seno muchas contradicciones pero que es una barrera contundente contra la profundización de la desigualdad. Creo, entonces, que en la Argentina todo esto genera un territorio menos proclive a las innovaciones reaccionarias como las que expresa Bolsonaro. Pero que para que siga ocurriendo hay que hacerlas presentes, narrarlas, poner en juego sus imágenes igualitaristas y mantener abierto el horizonte utópico, porque si no, la idea de un cambio formidable y necesario termina siendo patrimonio de las derechas. ■